

Preámbulo

Érase una vez una señorita muy hermosa, originaria de la Andalucía gaditana, de quien las brasas de su corazón nadie tenía, más ella y cuantos se la cruzasen no podían olvidar. Su pujante trayectoria empresarial se podía haber visto truncada, y eso, que venía de encarrilar unos meses de forzadas golferías, habiendo dado al traste con su mandamás y otros tantos cuerpos, que sin hacer ruido, pudiera ser que la espieran gracias al favor de las autoridades policiales. Residía en Madrid, aunque ni ella se lo creía, echaba de menos el olor a pan de todos los días de su vida, así como el refugio y la libertad de esas escaleras que le conducían al obrador de su hogar... Ahora bien, la matemática de las letras le hacía mantener la razón cada vez que pensaba en dar un paso atrás. Su casa se había convertido en una penitenciaría para sí misma, al no concebir el estado de sus padres, el de su queridísima tía la francotiradora, y la obsesión de su hermano con comer y casarse con la otra fulanilla del barrio, venida de Yvoire (Francia). Cada una tenía su papel, incluso su prima la huída. Eso sí, ya no había gato, el felino que tanto la acompañó en el ático de los desmayos, ejerciendo, también pereció, como la madre de esa que se había ido.

Miedo le daban las campanas a esa chiquilla, que era una mujer de excepción. Con los negocios, la idea era protegerse. Su empeño en insistir con el *outsourcing*, en calidad de asesora contable, estaba ahí; el cliente principal, y base de su economía actual, no se sabía. Quien sí que estaba acompañándola

en la urbe, era su gran amiga la muda. No era más que un armazón con abecedario que antaño tuvo días de gloria, pero a esa Olivetti le caía bien su dueña, aunque la tuviera arriostada en el suelo, sin haberle comprado eso que le prometió: una mesa desde donde verse de otro modo. Lo que sucedía, es que no existía suficiente artesanía ni ternura como para unirlos en sus deslices. De todos modos, llevaban muchos días sin verse, y atrás quedaban las intenciones de la bella, natural y joven de sacarla de ese *loft* madrileño de alquiler desprendiéndola por la ventana. La una a la otra, nunca se estorbaban en sus poesías, precisamente por eso convivían, aunque en ocasiones la psicología de esa mujer le hiciese dejarla velada, echándole un pañuelo, igualito a esos que usó con tantos hombres, cegándolos en la necesidad de comprender sus límites.

Más o menos, en ese tránsito se encontraba la morena, quien se había desplazado al sur para estar con los suyos y darse a sus merecimientos. Lo que sucedía, es que ni siendo un ciempiés hubiera podido moverse sin los mismos, al estar casi todos tullidos. Entre tanto, quiso regular la dinámica de esa empresa familiar, pero le era muy embarazoso estar sin estar del todo, y más con su hermanito al lado, sin saber muy bien de dónde venía y adónde iría. Ese gran rescate que quiso procurarles a todos yendo a la onomástica de su padre, allá por San Juan, no reabasteció a nadie, y casi por poco pierde la ambición la preciosa dama. El nuevo orden le aislaba cada vez más. La vida de su pueblo, por conocida le era inesperada. Y todas esas mujeres olvidadizas, enfermas de desmemoria, eran tan queridas y herejes como su tía y su maquinista de escribir, tal que segundos personajes que eclipsaban. Ése era su

otro fuego cruzado, evitarle la cadena perpetua a la hermana de su madre, habiéndola inscrito en un programa de investigación para paliar los efectos del Alzheimer. Los otros mayores no respetaban a su soldadito en ese hacer, fundamentalmente su madre, quien incomprensiblemente decía “que las cosas buenas no hacía falta entenderlas”. Cuando Silvia escuchó eso de aquella voz, por unos instantes quiso dejar de ser su hija. Hubiera dado cualquier cosa por haber vuelto a sus inicios de brigadista, tras casi cometer su propio suicidio en un viaducto de la capital del reino, prefiriendo arreglar esos jardines de las intersecciones de las obras públicas a sentir la pertenencia a ese núcleo familiar que se desintegraba en su sien.

En el mismo sentido, alguien que quizás también debería probar otras cosas, en su estabilidad se sentía maniatado. La leyenda viva de quien recientemente se había ido, aún le era refrescante, patrocinando hasta lo que no tenía nombre. Había un más allá, muchos socorros, y algo así como una parada de autobús solitaria en medio de la noche, con sus puertas abiertas, seduciéndolo todo.

Algo tan sencillo y complejo como ir al hospital, se había convertido en una lectura más, a modo de mutación propia. Esa observación implicaba muchos esbozos, muchos tributos, muchas alusiones, algunas poco respetuosas. Volver de esa cárcel no era tan fácil, y eso que en su casa había muchas habitaciones vacías. También el hecho de no haberlo escrito todo en su diario le llevaba a tener que perderse en esas reflexiones, aunque fuera

para dejarlo en cajones perdidos que nunca llegarían a ser historia. Por más que muchas y muchos quisieran de su amistad, su fotografía le abrumaba, y ese triste final le hacía sentirse sumamente huérfano, maduro, raro.

Empezar una nueva vida ordenadamente le era duro. Lo de echarse una buena siesta le costaba una barbaridad. Carecía de cariños, de amante, de besos fuera de lo común, y estaba harto de pésames en todos los sentidos. Tiempo atrás buscó a su dama soltera, y no obtuvo más que sus ideas empresariales y una cita museística a la que no sabría si sería capaz de acudir. El formidable reclamo encontrado en un Jardín Botánico ya no le era su retiro; ese campito que tanto cuidó, al albergó de su padre, tampoco. El cansancio físico y emocional era prominente. Lo inolvidable y el humo de las nuevas guerras se cernían esperando a ese septiembre agostado de herencias, papeles varios y huidas hacia adelante. Pero sobre todo, le faltaban esas gestas que antes veía con claridad, dando paso a sus alocadas y preciadas ideas acerca de robar un banco, pasear acompañado de una espléndida mujer con la que vivir en la normalidad, o ambientar sus negociaciones con su revoltosa motosierra, desdichado de esa otra sensibilidad. También tuvo tiempos de amores posteriores, por si algún día hubiera de tener familia, construyéndose un sinfín de casas en su grandilocuente imaginación, sólo que ya no se hacía esos planes, ni estudiaba coches o motos, estaba impactado por la solemnidad del drama, y por el devenir de la sociedad. Su trabajo de funcionario en calidad de técnico, siempre le esperaba, él no, ejercía, pero sin prerrogativas ni un protagonismo absoluto. Sólo le completaba su poesía, sus

relatos, sus cuentos y eso que jamás pudo detener: la idea de perderse para siempre.

La constante amenaza, independientemente de la ceremonia del adiós, le ayudaba a sobrellevar el duelo. Astuto, luchador y harto de las políticas de fines de semana, tenía la necesidad de asomarse. La excelencia de las empresas le apetecía, no obstante, estaba virgen en eso de recorrer el mundo. Echaba de menos el mar estando en tierra, y añoraba ese bien cuando parte de sí persistía en eso que unos llamaban tierra firme y otros la impresionante guadaña. Podía ser de extremos, de poseer riquezas y hasta de soportar el engaño de la prosperidad, pero lo que le hacía dormir algo, era eso de sentir esos lugares especiales sin adversidad. Hubiera preferido ser griego o romano, de cuando las columnas estaban pertrechadas bien altas, no en los teatros de rascacielos. Todos los días se le partía el alma varias veces, y eso que defendía el sistema, las personas y no se dejaba influenciar por el clima; pero tenía su propia teoría acerca de las inclinaciones, los límites y los vicios diarios: “si todas las faltas son iguales, todo delito es un crimen”.

Necesitaba asumir otras obligaciones, conocer y obrar en otras pérdidas. Vivía en uno de sus momentos más críticos, concentrándose ya no en saber, sino en comprender. La últimas horas hospitalarias fueron una continua búsqueda, en la que lamentablemente, como hijo optó por obedecer, vigilante prudente y corrupto, recordando incluso lo que no quería.

Esos dos contemporáneos, tocados por la misma magia, asistían a sus días como otros cualesquiera, echando en falta a ese con quien poder hablar con todo el atrevimiento sin miedo a equivocarse o llenarse de demasiado entusiasmo. Granar aquello de que lo mejor es uno, les llevaba a reconocerse y retratarse en su intimidad, impregnándolo todo de esa austeridad poco festivalera. Los momentos de impagable soledad y la sin razón de los placeres solitarios hacían posible su libertad, y daban pie a lo especialmente escabroso. Ella, Silvia, echaba mucho en falta el rompimiento de las olas del mar, apartarse de los números y dar entrada a otros personajes, y él, empezar su imperio e iniciar ese viaje que le espabilase y fuese su tapadera, o quizás su mejor revés, por duro que le resultase. Nadie estaba encantado de la vida.

Ninguno tenía pareja, aunque hubieran probado esa cercanía sin haber hallado su verdadera importancia y los buenos agradecimientos. Como profesores en ese trabajo tenían a sus padres, y las décadas no les encajaban del todo. Con respecto a los otros acontecimientos, al margen del gusto por los rincones, el hastío de los sinsabores sociales y su interés por el estado de las economías, la imposibilidad de ir solos al cine, y darse de vez en cuando un homenaje perdiéndose falsamente haciendo deporte, les indicaba que la operación salida y las retenciones no iba con su ser. Eran de espacios más íntimos, más recogidos, de juegos eróticos en sí mismos, de conquistar a sus enemigos partiendo de los parecidos, y de asumir las obligaciones morales aunque no les agradase lo más mínimo. Pero en sus claustros, tras las disciplinas, también rendían tributo a esas otras pobreza de complicarse la vida, sintiendo el compromiso de arriesgarse más allá de la fugaz belleza. Se

estaban haciendo mayores, por todas partes veían lujos, dispendios y animaladas. Era evidente, que en el más estricto sentido de la palabra, querían recuperar lo perdido y darle sentido a sus intuiciones. Había una especial simbiosis, formaban parte de esos paralelismos con los que acompañar a esa doble luna del mes de julio del dos mil quince, de quienes los expertos, en sus recesos para ponerse a la altura del resto de los mortales, informaron que sería azulada, soterrando lo malo y el sobrenombre de las penas. La misma unía Andalucía, Madrid y el resto de los universos a través de Castilla y sus pinceladas de luces desconcertadas. Las reglas estaban cambiando, aunque se lo dijeran a oscuras, por lo bajito, cuales falsos peregrinos.

Sobre las leyes, aparentemente sabían todo lo que necesitaban saber; por si acaso, no paraban de documentarse, estabilizando su actitud hostil. Darle forma a todos los merecimientos en ese mundo no tan distinto, les mantenía vivos, atentos, conteniendo la felicidad y esas dificultades añadidas; bastardos, malos y malditos.

Ambos, fueron acusados, familiarmente y en otras claves, de tener dos caras. Si bien, con sus preciosas hechuras, de haber tenido la pausa y el conocimiento de Lincoln, les hubieran respondido a esos, como a otros tantos: “Si yo tuviera dos caras, ¿cree que estaría llevando ésta?”

Básicamente, eso se trata en esta alternancia de capítulos, buscando señales, compartiendo necesidades y sintiendo el reflujo de los desnudos recostados.

El grifo del campo

No es un día cualquiera. Es de esos días en los que uno debería de recibir la llamada de su padre para comentarse cómo van las cosas, y si se puede, quedar y verse un rato; pero no es posible. En cambio, he sido yo quien he llamado a mi madre. También es verdad, que llevábamos muchos meses o casi toda la vida, sin poder comunicarnos como debiera. Si bien, uno sigue implicado en ese adoctrinamiento exprés, que lo único que está consiguiendo es agotarme más, e incluso separarme más si cabe de lo que pudiera ser mi familia, en estos primeros días de agostamiento.

Ahora mismo, vivir es la pasión más elemental, y eso que su rostro desgarrado ya no es tan fácil de ver; me invade la extrañeza del ayer, porque la mentira y la verdad no son más que conceptos que la propia realidad supera. Estando él en su exilio, yo he intentado de hacer del mismo con ella, trabajando en su recuperación, que no en la mía. La he escuchado hasta la saciedad, he movido papeles cuándo y cómo ella ha venido queriendo, he vuelto a hacer la compra en compañía de alguien, tras muchos años haciéndolo completamente solo, he tenido que degustar platos que no me agradan, he hecho sobremesas exasperantes y me he pegado a sus noches hasta que se ha ido a la cama, y por supuesto, he aguantado su mal humor, su luto, y le he hecho de chófer y confesor. Todo, para no poder poner fin a nada. La muerte de su esposo y mi padre es un muro muy alto.

Tras su doble entierro sigo a la deriva. No han pasado ni quince días desde que dejó de respirar, y apenas he podido hacer balance. Me he visto reducido a volver a ser hijo, y todo a la carrera. Por más cauto que sea, por el

momento, la única lectura preclara es que no puedo inventarme una vida y hacer de él para ella. Sencillamente, acrecienta mi pérdida. La doble identidad no va conmigo. Además, eso de hacer un triángulo de oro, los tres hijos, para que ella no perciba su marcha, es una disputa absurda. No es refrescante tener que poner nombre a eso que no lo tiene. No en vano, todos somos víctimas de la barbarie, y entre nosotros no hay socorro posible. La niña, mi hermana, ésa con quien dio su último suspiro, se mece en una indecisión que me enoja; por más que se ofrezca no es resultadista, y ello lo veo como una renuncia. No se puede estar pasando palabra, hay que tomar decisiones. El otro, el hijo mayor, tampoco habla claro, sigue con su gestión aislada. Y yo, el mediano, pago la insolencia de no haberme ido cuando debiera... Es el veredicto de la esperanza reencontrada, donde nunca más habrá días perfectos a lo largo de todos los años.

A una amiga, anoche le escribí, en un mensaje indirecto: “me siento cansado y raro”. Ella me indicó que era normal, no queriéndome maltratar. Y con esto llevo día sí día también, porque los pésames no son más que el testimonio de los verdugos y las víctimas. Y ya no sé quién soy... sólo sé que desearía reducir el infierno.

En ese ciclo, donde todo tiene que ver con su ayer y mis mañanas, veo detractores, y nada es lo que parece. A la búsqueda de por qué se fue de ese modo, se le une otro tránsito: ¿de una reconciliación forzada puede surgir la reconciliación verdadera?... Los últimos días no hemos discutido los descendientes y nuestra madre, pero a punto hemos estado. De momento, quien más quien menos, nos mordemos la lengua, y cada cual es distante y se vilipendia sin que los demás estén delante; no obstante, nadie se distrae de lo

que se nos avecina. En términos mafiosos, digamos que tenemos un agosto de paso; cuando llegue septiembre, todo puede estallar.

Agradezco que se vaya a la playa, aunque no le apetezca a nadie. Se va con ellos, con mis hermanos, en varios tramos. Es un modo de apartarla de su hogar para proseguir con el recogimiento de los enseres, y así poder aglutinar todos los pésames en uno prontamente. Además, estará cerca de su pueblo, y de esa jodida tumba de la que se descolgó parte de la misma cuando fuimos a depositar la urna que me entregaron en el tanatorio, a eso de las doce de la noche, el día que tristemente lo incineramos. La idea es tenerla lejos de su casa este desencantador mes, dando saltitos a su pueblo para ver cómo acepta la lápida, y dejarle flores frescas a menudo.

Necesito tenerlos lejos para sentirlos cerca. Por eso yo me quedo, y porque no soy de ese tipo de convencionalismos, amén de haber consumido buena parte de mis vacaciones en ese trance hospitalario. Mi padre así lo querría. De momento, en esas supuestas charlas que tenemos, digamos que estamos de acuerdo.

-Espero que poco a poco vuelvas a ser tú- me dijo esa amiga, como en la vez anterior, por las fotografías de mi memoria.

Él ya no podrá ser quien era. De la recuperación con alfileres de su operación coronaria, pasamos a ese genocidio irrecuperable en el que todos nos sumimos, fagocitando la ilusión con mentiras y falsas esperanzas, tan manchadas como blancas, a la espera de ese punto de inflexión de aquel lunes de hace tan poquísimos días, cuando adormeciendo su mal vivir consumó su retirada, dejándonos el rompecabezas a medias. Por más que lo intuí, jamás

me hubiera imaginado una emoción más impactante y duradera, y eso que enterré a muchos amigos, de esos buenos animales que los dos cuidamos... Ahora recorre todas las estepas, recomponiéndose, o eso creo. Al menos, es lo que me inspira, o de lo poco que quiero guardarme en mi oficio.

Todo ese dolor viene de esa falta de claridad de las personas y de la poderosa querencia que se tiene, aunque uno esté convencido del todo de los imposibles. Puede que sean los lazos de sangre, o lo viril de esas amistades que no se llaman así. El caso es que tras su muerte hay de todo, y cuesta muchísimo adaptarse a la nueva realidad y retomar el día a día. Lo de ayudarse y que el tiempo vaya pasando, lo estamos haciendo, pero a mí no me vale. Y no soy el único. Ella cree que se lo va a encontrar en casa, a poco que se descuida; y yo, me contengo la necesidad de riesgo enfermizo como apretar el acelerador, haciéndome más daño, como si ese adiós no significase nada... No obstante, el apego que todos nos tenemos esconde mucho escepticismo. Todos dudamos de las reacciones de los demás, hay desconfianza. Lo palpo cada vez que nos juntamos, que está siendo bastante, mucho más de lo habitual. Lógico por otra parte, si pretendemos arropar a mi madre. Ahora bien, la base de mi corazón es la misma que en los días previos a su muerte, básicamente se circunscribe a lo que ya sabía desde hacía muchos años: él era nuestra unión...

Tengo la pelota quita manías que le regalé en un cajón de mi dormitorio, en eso que las mujeres usarían como cómoda y que yo tengo casi vacío. Está guardada junto a unos pocos billetes, lo poco que tengo ahorrado en casa, creo que suma ciento sesenta euros. Voluntariamente no tengo más recuerdos materiales del mismo. De la ropa que le hemos venido recogiendo de su casa a

lo largo de estos últimos días, una buena parte la entregué a un ropero social, gestionado por una compañera de trabajo de la cual me fío, no así de la entidad eclesiástica que da albergó a esa colaboración, pero era el modo de hacerlo rápido; echarla a un contenedor me parecía inhumano, dada la casuística de su procedencia. Otra, la que mi madre no quiso dar, la tengo en mi casa, entremezclada con la mía, completando ese vestidor al que le falta colorido. Alguna me pongo, otras las iré dando poco a poco. Y no es por la diferencia de talla, o porque unas prendas gusten más que otras, sino porque todos necesitamos que la convivencia como tal siga su curso. Mi hermana quería tener algo, y lo que se llevó le supo a poco. Así, cualquiera de estos días podrá recoger lo que desee. Es mi ayuda, con un andar sereno de elefante, en este mundo tan extraño en mitad de la nada. Por más que sepa que los monstruos no existen, y que ya no podemos desandar parte del camino recorrido, mejor eso que decirle que su padre ha muerto y que ya no volverá a cogerle de la mano como esa última vez en la que la descalzó de por vida.

Tanto ella como yo, vivimos unos tiempos donde no hay confort, ni progreso, ni planicies. Todo nos es poco. Como tal, no hemos hablado del tema; en verdad, no lo hemos hecho ninguno de la familia. Mi madre dijo:

-Hay que estar unidos- no dejándose ayudar por nadie.

Mi hermano, a su llegada a la mortaja, añadió:

-Se ha despedido de todos nosotros estos días, tenemos que estar satisfechos, ¡ya está!- expresó a sus pies.

Por entonces, yo me apoyaba en un mueble-cama que estaba recogido bajo la ventana de esa habitación destinada a pacientes que precisaban

cuidados paliativos, y esperaba la respuesta de la aseguradora a la que había comunicado el deceso... Ciertamente, lo único que he olvidado, es el número de la habitación de esa planta, aunque podría haber sido la doscientos sesenta y nueve.

Desde entonces hasta ahora, poco más verbalmente se ha podido añadir, salvo la indicación de dónde estaban y están actualmente algunos de sus papeles, otras pertenencias y poco más. Queda en el aire eso que nos quiere decir mi madre a los tres juntos, acerca de que lo que hay es para los tres, tal y como ella y él querían, y que no dejaron indicado en esos términos bajo el mandato notarial, porque según ella, así se lo recomendó el ilustrado, cediéndose el uno al otro los bienes en usufructo finalmente. No hace tanto, ella me quiso sacar el tema cuando la llevaba en uno de esos recorridos a la parcelilla, y le di largas, no queriendo saber nada hasta un mejor proceder, dándole a entender que habría que hablarlo antes de ir a la notaría. Supongo que la frase que solté para cerrar el tema, la comentará estos días con mi hermano, y me pondrán a caldo o se cubrirán las espaldas el uno al otro:

-No voy a ir a la notaría a firmar- comenté.

El motivo es bien claro, antes de tratar el tema con un extraño delante, lo lógico, es conocer el contenido de la situación en boca de los implicados, porque tengo claro, que firmar por firmar no lo voy a hacer. O estoy medianamente conforme, o tomo cualquier otra decisión. Sé que una herencia se puede aceptar, renunciar, impugnar, o incluso llegar a acuerdos *inter vivos* o *mortis causa*. Sólo que hasta el momento, quien se ha hecho cargo de solicitar los papeles y ponerlo en conocimiento de la notaría, pareciera que únicamente

entiende una opción posible: aceptar tal y como vengan las cosas. A mí, eso del tripartito, por mi experiencia nunca me ha convencido, porque con varias decenas de años a mis espaldas, nunca he tenido un hermano mayor ni una hermana menor, y lo de volver a tener madre me queda muy grande; ni yo mismo me creo que aún siga tratando con ellos, tal y como se sucedieron esas últimas semanas de hospital y agonía, especialmente con mi progenitora y su machaconas formas.

Mi padre pidió un trébol de cuatro hojas cuando unas mojas quisieron tratar con él, despachándolas inteligentemente, justo un día después de que mi madre solicitase la extremaunción al cura de esa planta, cosa que yo concebí como una traición, porque de haber estado mi padre plenamente consciente le hubiera dicho lo mismo que a las monjitas, y yo por entonces me había ido a mi casa a asearme y cambiarme; de haber estado, igualmente hubiera impedido ese acto de prerrogativa samaritana. Ella esgrimió que era católico, y yo podría haberle dicho lo mismo que cuando llevaba pocos minutos sin vida, persistiendo ante la poderosa sierva de Dios:

-¡Enfádate con Dios!, porque a Papá lo ha tenido sufriendo mucho tiempo, cuando menos este último mes. Y era bueno.

Lo expresé con ardor, malestar y la suficiente determinación como para estar convencido. Y por supuesto con la nobleza de tener a mi padre recién muerto delante, liado en unas sábanas que le sostenían la cabeza al resto de su cuerpo para que no se venciera el mismo. Mi hermana, se apoyaba en la pared y como podía se contenía, sin la suerte de su padre... En aquella habitación, tras el óbito, todos nos vigilamos, y los choques culturales

empezaron a florecer, como cuando horas más tarde, velándolo en el tanatorio, hube de interceder para detener a un tío mío, que en su manera de ayudar se aferró en la necesidad de estar velándolo porque a su parecer el cuerpo presente nos necesitaba. Le indiqué que si quería contar algo a ese respecto, tuviera la delicadeza de hacerlo tal y como los griegos lo hacían, con la bondad de esos dos ríos, el del olvido y la omnipresencia, las monedas del barquero para cruzar la Laguna Estigia y demás, porque la otra historia podía darle grima a mi hermana.

Grima como tal, la extremaunción ni me daba ni me da, sino que eso de caer en la dominación/sumisión a tenor de los poderes eclesiásticos y sus artificios, me repatea. Bastante tuvo el hombre con aguantar estoicamente todo ese dolor acuciante, sin desmerecer a nadie, como para que nos deshiciésemos del mismo de antemano... o se descubriese todo el embrollo. Y eso, que en su primer entierro (porque tuvo dos, con sendas misas por supuestísimo, aunque no se pudieran duplicar las homilias), el anciano del cura que ofició el sepelio le llamó pecador... ¿En qué universidad le enseñaron a ese párroco u otros a referirse así a un difunto de cuerpo presente?, ¿eran necesarios esos términos? ¿La teología no enseña a orar adecuadamente?... Por más liturgia, y buenas intenciones, sobraba eso, tanto como que sobraron todos esos días de agonía, con sus veinticuatro horas unas tras otras. Un robot hubiera actuado con más humanidad, tanto en los sepelios, ya fuera el de la incineración como el del enterramiento, como cuando estuvo encamado y maniatado, dejado de la mano de todos los dioses, habidos y por haber... Hubo una época en la que caí en la trampa intrínseca de la religión, creyendo que podría albergar algo mejor; ahora, ni pienso en credos, ni en otras

proximidades, tan sólo los respeto, y cuando menos, eso espero de los mismos. No creo que tildar de pecador a un muerto, a pesar de los salmos, le devuelva de mejor modo a su matriz de la existencia. ¡Tan difícil era que se hubiese acercado a donde se encontraba mi madre y sus hijos para mostrar pleitesía y respeto, dándonos su pésame!... Son inexplicables tantos límites a la buena oratoria.

Una vez más, recuerdo eso que mi maestro nos pidió sin aire fresco, desvelado reiteradamente en su insufrible desasosiego, a lo largo de esos días que nunca soñé:

-¡Por favor ayúdame!, ¡por favor ayúdame!- exclamaba.

Desde luego, esa secuencia me deja como un mal hijo, peor soldado y un funesto mensajero. Nada encuentro que compense su pérdida, salvo que dejó de pedir ese socorro a quienes portamos sus genes y a su esposa... Ella también recuerda esas palabras, las pronuncia con más facilidad que yo, a mí me da reparo citarlas,... me destruye saber de las mismas. Y encima, las edulcora con algo más de ese otro idioma internacional:

-A mí ya me queda poco- argumenta caritativa y coincidente.

Así empezó mi padre, años atrás. Sus cuarenta y tres años de casados, y sus sesenta y muchos años tratándose comportan un destino que lamento y admiro. Ya no la culpo como antes de ese deterioro de mi padre, soy un chico muerto en muchos sentidos. No me detengo a llorar; fue en su pueblo, cuando lo estábamos enterrando, cuando me emocioné de ese modo por última vez. Brotaba en mí el rencor, el malestar, y ese castigo que la medicina nos infundió, porque a las divinidades no las concibo. No obstante, la banda sonora

de todos esos derroteros sigue conmigo, mi cerebro aún no ha aceptado la muerte. En cuestión de horas hube de crecer para soportar muchos abrazos, besos y miradas complicadas, apurándome para no derrumbarme mucho y ser breve en atender a unos y otros, porque debía de tener entereza como para sobrellevar ese interminable acto social de su adiós. Hubo quienes pesando cien kilos y teniendo dos veces mi edad, cortaron el silencio practicándome la admiración por mi padre, cortándome el aliento y sonrojándome por mis adentros. Como pude me sujeté... y sigo a ciegas. No quiero tirar del hilo de la realidad, es más, ni quiero darme a las posibilidades de la legislación actual en materia de herencia. Como beneficiario, quisiera evitarlo. Duele tener que llegar a acuerdos con lo que queda de mi familia porque él se haya ido. Y no es la falta de sintonía, o que yo me sienta apartado desde hace muchísimo tiempo, es que no me vale eso de tener que valorar los bienes y mostrar mis preferencias, respetando los porcentajes. El valor patrimonial me importa una mierda. No estoy desconcertado, es por la metáfora de ese final y su inimaginable trasiego sin enhorabuenas. ¿Por qué nos lo ocultó?, ¿por qué me negó la libertad de saber de su salud?

Esta pregunta es una consigna de la que acuso un agotamiento inabarcable. Por ello necesitaría una tregua, aliarme con alguien con quien poder tener un poco de calma: protegerme, aunque ahora no se cumpla la proporcionalidad. Me dejaría cuidar, posteriormente, le devolvería esa ayuda poniendo especial atención en la buena vivencia, imprimiendo respeto y candor. Pero de inmediato, habría de recibir su trato... Y ni habitan las palabras en esa catarsis. Cuando pienso en apoyarme en alguna conocida, el robot soy yo, no quiero mezclar, me resulta complicado encajarlo todo.

Entiendo que es algo a valorar. Muchas se han trabajado los mensajes con efecto, mucho mejor que otras veces. Realmente he percibido sinergias, no he condensado encuentros incómodos, ahora bien, cuesta pensar en un dulce despertar. En esta vorágine, quiero distanciarme de la proximidad de lo cotidiano, precisamente porque nunca me ha llenado como debiera. Es mi acicate para querer irme a África y meterme en situación, persistiendo en esa huída. Don Perfecto también ha tocado fondo... y empieza una semana más, en la que no tengo ningún plan. Posiblemente lo mejor sea quedarme más solo. Mis hermanos, sus cónyuges, sus hijos y mi madre estarán a cientos de kilómetros, rompiendo sus corazones bien lejos de ese hogar que me queda cerca y me recalienta... y que transcribe una única petición.

Un buen día me iré, lo que no sé es a qué bando me uniré... Dicen que cuando una guerra no te afecta, has de unirme al bando ganador, ¿quién gana con la muerte? En esta división interna, con sus maniobras de distracción, la neutralidad es lo de menos, tanto como respetar la voluntad del fallecido. Eso de hacer tres partes iguales es muy fácil decirlo. Lo mejor sería no tomar ninguna medida, y ello me inhabilita, dejando las cosas tal y como se han venido sucediendo desde hace años, a lo cual me niego. Compartir siendo tan distintos, cada cual con sus necesidades, exige algo más que respeto. Nos falta esa voluntad, y una contabilidad creativa para no inmiscuirnos los unos con los otros tomándonos nota... La corrección todavía no ha concluido, lo presiento, tanto como que soy un miliciano cayendo en combate.

Juntos, hacemos más real su muerte. Las cosas no dejan de ocurrir, y en ese tiempo de actualidad, es como si lo escuchase, observándonos desde su banco, junto a la ventana. Ése sí es el lado oscuro de la luna, algo que te

desencaja, lo cual significa que quizás debería probar otras cosas. En honor a la verdad, llevo tiempo necesítándolo. Los segundos se van muy despacio, y en todos los sonidos percibo su sutil diferencia. Además, me cuesta verme en público; no me preocupa lo que piensen los demás, es que no me apetece, y de momento, los días son tan largos como una estancia en una penitenciaría. Intento dormir algo y no puedo, un ciempiés traqueteado tiene mejor vida que yo. Hasta mi imaginación se ha visto limitada, siempre que intento crear algo me doy asco, volviendo a esa crónica tan incómoda y hospitalaria. Es más, a veces vuelvo sin querer a esa cárcel. El lugar, en sí mismo es una mole de incomprensión, y en su perímetro no me hallo. Llevo mucho sin quedar para practicar deporte por sus inmediaciones, el ciempiés de antes tendría más ímpetu. No me explico este bajón, soy alguien estable, y lo veía venir, fui yo quien lo acercó a la rampa de urgencias y al poco de adentrarlo asumí su mal estado. El gran rescate nunca se produjo; el nuevo orden me aísla más... Hay pocos lugares en los que querría estar, uno de ellos es la Costa de los Esqueletos. Esa trampa mortal para los navíos embarrancados, y el lugar donde varan multitud de esqueletos de ballenas, fue considerada por los portugueses como la puerta del infierno, y para los nativos africanos, como el lugar donde se creó la ira de Dios. Namibia igual me queda lejos de España ahora, pero ¿qué mejor cosa podría hacer ahora que retirarme a esperar sin molestar a nadie? No estoy viviendo ningún duelo, de momento sigo sumido en un periodo de entreguerras, y esto tiene pinta de acabar rompiéndole la boca a alguien. Él ya no está para apoyarme cuando no quería ir de la mano de mi madre a misa, no puedo mirar a nadie y fabricarme una realidad paralela para esos ratos del domingo donde todo lo que no te gusta te repele. La razón de lo

vulgar es tan ruin, que a lo mejor debería de haber sido yo el que tendría que haber dado el salto al ataúd para acompañarle... Algo así le insinué a mi madre, cuando a punto de ser encerrado para siempre, despidiéndonos del mismo en el pasillo trasero del tanatorio, con el cura enfundado en su camisola de los manuales y sus encíclicas, le dije sin adaptarlo:

-¿Te quieres meter con él?

Mi hermano me miró protegiéndola, y yo me guardé la ironía y el sarcasmo. Yo llevaba varios minutos ahí mismo, a solas con ella y con el difunto. Él llegó en el último momento, esposado como casi siempre tras mi hermana. Para entonces, en mis labios ya se había disipado el frío de ese cuerpo roto de cuando lo besé por última vez.

Ahora vamos abriendo cajones de cuando en cuando, lo cual también requiere de un sobreesfuerzo mayúsculo. Son muchas extrañezas. Hasta intentando dormir descubres algo. Lo que queda de él es eso, los ajustes necesarios para seguir con nuestras vidas, porque el mundo no debería de ser tan distinto; pero lo es. Constatar que esa sábana blanca ya no le abriga, y que en mi calendario no está su cumpleaños sino su defunción, es una putada. Son sonetos del amor oscuro, a los que ni a la disidencia médica puedo llegar a culpar como debiera, ellos también tienen sus normas. Es la voluntad disculpada de no poder matarlos a todos, considerando que pudieron haberle evitado gran parte de ese dolor y no tuvieron la necesaria piedad, fueron unos bastardos miedosos, como yo... hasta que me armé de valor y le cerré la boca. Horas más tarde me hizo caso y se puso el mundo por montera. Los mismo está en esa costa africana, ¡a saber dónde van las criaturas del aire!

Del contenido de la urna tampoco hemos hablado. No sé si debiera. La otra tarde, cuando acerqué por primera vez a mi madre a la parcelilla, estando a solas no quise decirle nada, y hoy me parece que tampoco. Las cuatro gotas de tormenta veraniega que derramó el cielo no hace tanto, algo de él habrán asentado en la tierra, si es que los vientos no se lo llevaron por entero días atrás... Apenas sentí escalofrío cuando ella se puso a barrer como si nada, y la escoba movía muchas partículas, posiblemente parte de él iría en algunos aldabonazos. En este mundo que vive del pasado, reviví aquel azote como si fuera el único superviviente, mirándola sin decirle nada, sabiendo que se derramó su ayer, y el mío... Por como barría y pensaba al saberse sola en ese campo del que ya no hay esposo, pudiera que mereciera algo más que mi silencio, ahora bien, casi mejor eso de no saber que quedarse con la imagen de tu padre en pañales. Literalmente fue un niño muy adulto hospitalizado, donde lo único que su fisiología pudo y supo mantenerle a salvo de los cánceres, fueron sus ojos; los mismos tenían el mismo tamaño que cuando nació, como los del resto, y eso que se le fueron rehundiendo hasta casi el infinito. Sus orejas, en cambio, de no haberlo quemado, seguirían creciendo paulatinamente. Esa incineración llevaba intrínseca muchas cosas, no dejando posibilidad alguna de acometer una autopsia, entre otras vicisitudes.

La mañana en la que leí la química de esos medicamentos que rejuné en su casa, esforzándome por encontrar algún fármaco con el que acelerarle la muerte, me preguntaba al tiempo que atendía a las prescripciones: ¿Por qué hay que estar en deuda con alguien para ofrecerle algo?... Fue exactamente lo mismo que pensé cuando casi me decidí a decirle algo a mi madre, y en vez de ello, recorté por un caminito repleto de rosales y me puse a retirarles las

acículas de los pinos, tocando igualmente mi pasado. Lo hice acariciando las mismas con pleitesía y coraje, como cuando en esa cama articulada únicamente pude tocarlo sibilinamente y escucharlo, cuando ya nos impidieron levantarlo de la misma para que anduviera un poco o se dejase ir al baño con nuestra ayuda. Y como si lo estuviera viendo, dejé que la naturaleza siguiera su curso, negándole esa necesidad imperiosa que él tenía de levantarse y saberse capaz... Se suponía que nuestra despedida no iba a ser así, que el anuncio de su pronto fallecimiento daría pié a prepararlo,... a poder hablarlo con él,... a tocarse distinto,... a no ocultarse... Nadie tuvo agallas a enfrentarse a eso; entre los impedimentos médicos y esa sociología basada en tabúes, se me fue como una de esas ramas que se le tronchan a los árboles y que se quedan esparramadas sobre el suelo a merced de que el otoño no se le haga un muro y las unifique, compactándolas en ese cambio que une.

Podría decir que veinte años no es nada, que la sombra del viento lo hizo todo, que en tiempo de prodigios la ciencia no fue suficiente, y que el siniestro era inevitable... pero era mi padre. Su *look* cómodo, *casual* y elegante lo convirtió en el señor de la tierra, en una tristeza de amor que me cuesta entender. Las letras de su esquila fueron toda una espada que se me clavó hondamente, y lo irreversible del fracaso sanitario me ha demostrado la importancia de las cosas, tal que esa soledad inútil sobre la que me asiento. Soy ese número primo que sin pretenderlo, siniestramente observa las evaluaciones de desempeño del resto de los mortales, cuyo mejor y único sol es la rutina, que se informa tanto de la cura del mal como de cuánto empleo habrá en los próximos treinta años, entre otras cosas, y al que le gusta conducir pero que sólo tendría un vehículo para todo tiempo y lugar si pudiera

elegir. ¿Soy un hombre de ciencia o de fe?, porque esa parte de mi interior que tiene algo de vida, me sabe a impostura. La misma no quiere que me olvide de esa cita que pergeñé en Madrid, y ahora sí que sería a ciegas, porque no termino de verla. Podría ser mañana ese día quince, y su escozor ni me haría moverme del sitio. Es más, ni podría adentrarme en el museo si me llevasen al mismo a rastras. Mis pies no me obedecerían, eso sí, hay una sensación que guardo irresponsablemente, como si creyera en lo imposible, rozándome con una piel que no se escama, se pudre, se decolora, sino que me nutre... ¿No sé si atreverme a sentir más? Vivir con su presencia nunca fue fácil, y ahora que no lo tengo menos aún. Creyó que me comería el mundo, y nunca terminó de ser claro y decir las cosas, mostrando o no los apoyos necesarios para cada situación. Su adiós reflejó exactamente eso, el quiero y no puedo.

Nadie de los míos sabe que estoy citado frente a ese cuadro de Santa Casilda, ni mis compañeros de trabajo, que me apoyan valerosamente. Lo mantengo en secreto porque hasta yo me cuestiono el buen juicio de esa afrenta. Al menos, si pudiera hacer eso que me dijo, sobre que me echase una buena siesta y descansase, seguramente podría tener más claridad, pero ni en eso pude ayudarle. No quise dejar pasar ni un instante sin atenderle de algún u otro modo, y sus secretos y mentiras, ahora son las mías, dado que la vida no espera a nadie, hombre o mujer. El disparate de presentarme con un ramo de flores sencillito ha quedado en nada, las últimas, las de su corona, me dejaron manchado, amarillento, cabizbajo. Me harté de las mismas hasta la saciedad, porque viajaron conmigo, con él. Sólo se libraron de la visita a la parcelilla, las dejé refrescándose en el sótano de mi casa, tras su primera misa; y me llevé al supuesto pecador, bien recogidito y calentito a estar con sus plantas, su

alberca y su otra cesta de los medicamentos. En cada casita tenía una, siempre a la entrada, muy a la vista. Pero poco vio en ese viaje, y yo no le conté mucho, hasta que cruzamos Andalucía horas más tarde, ya con el alba y el coche pareciendo un auto fúnebre; ahí sí empezó la charla, mi homilía. De cuantas cosas se me escaparon a mi entendimiento no le puse en conocimiento nada, simplemente le incité a que se cuidase, y sé que en algún instante le hice saber, que quizás con un poco de suerte algún día conocería a alguien con quien poder echarme esa siesta reparadora. El copiloto, también con su cinturón puesto, apenas pudo recalentarse a pesar de la climatización. A la espera de su segundo fin y de los sepultureros, mantuvimos ese trueque de amor solitario. Tan solos que íbamos, finalizando el convoy familiar cruzando Castilla hacia su último y primer sur, que pervivimos en un coloquio sereno, sabiendo que antes o después, todos seríamos juzgados. Por eso mismo ninguno esputó ni gritó desesperadamente. A la ligazón de todas esas rosas y sus primas hermanas, el ruedo ibérico dio para comedias, farsas, licencias y el sacrilegio de tocarle a través de la urna, si es que seguía conmigo.

Lo de verlo en pañales fue duro, cruento, si bien, tenerlo a tu lado enjuto en una vasija sin poder ver la luz del día y con el sacrilegio de embutirlo en una especie de mini nevera portátil como cuando te vas de excursión, fue espeluznante en algunas curvas mal dadas. Su fin podía haber sido todavía más revolucionario. No obstante, el embrujo de ser su hijo me permitió asistir decididamente a ese último romance de lobos que ambos practicamos. Nuestras voces yermas, los gestos espasmódicos, y ese retablo avaricioso y arrebatado de tantas flores, evitaron que él o yo fuéramos marionetas. Fueron

horas que no me dejaron indiferente, sufrí su avaricia, su lujuria y su nostalgia sensitiva. Le conté aquello de la carta que hallé, y de lo bohemio de saberte tus propias palabras una y mil veces... Y si me descuido lo llevo conmigo a África, porque de no ser por las otras huestes, los de delante y quienes nos esperaban en la iglesia de su pueblo, hubiera seguido para mantenernos relativamente vivos...

Pisar su pueblo, lo que fue su casa, fue desconcertante. El tiempo se agotó, hasta que me vestí de su lado más íntimo tras el acalorado responso católico, y hube de cogerle en brazos para conducirlo al cementerio. Allí, donde nadie le esperaba, minuciosamente hice una paradita ante sus padres, dándoles esquinazo en cuanto que él me lo pidió, para no soliviantarlos más. El mediodía pegaba de lo lindo, y las emociones se iban acumulando, unas tras otras. Bajar la cuesta hasta llegar a su sino fue lo de menos, aunque el abandono del templo fue ciertamente complicado, muchas personas sufrieron de sus apuros. Aunque el que sufrió el peor maltrato fue el propio difunto, a quien la naturaleza le guardaba un último susto. A poco que mi madre ayudó a introducir la vasija, estando cerrando la tumba, un lateral que soportaba la lápida se vino abajo. Primeramente dio un golpetazo al estamparse de pleno contra lo que había debajo, por dentro de ese recodo de lo que fueron otras vidas, y en segundo término, se reveló para ser enderezado y ayudar a tutorar el nombramiento. Pudiera ser, que el humo que algunos vieron en sueños, quisiera vivir por última vez de otra realidad... En cualquier caso, esa escena de títeres selló lo que quedaba del mismo. En el besamanos que no fue tal, también me mordí la lengua, como ahora, que sin fe y sin ciencia, ni yo mismo

creo en esa política de reconciliación, y eso que le prometí que haría todo lo posible por cuidar de su gente y llevarnos bien.

Tanto como hijo, como habiendo sido su último chófer, dudo si merezco algo bueno. Aquellas palabras cruzadas, cuando íbamos los dos sin fisuras, encintados y compartiendo velocidad y deseos, ¿dónde están ahora?... La parcelilla ya no vive de mi loca obsesión por cuidarla, no hay destellos en los que vislumbre estallidos de colores, no sufro su encanto infinito como antaño. La obligación de cuidársela ya no es la misma, y no es porque no esté a mi acomodo, es que me falta su motivación, su necesidad, eso que me pidió en varias ocasiones: el quédate.

Una caja de melocotones con hormigas, del destrío de un supermercado, sabría qué hacer mejor que yo. No habiendo dado tiempo a enraizar y medio olvidar al mismo, en pocos días debería de darme a la economía de la desigualdad, mostrándome sin saber ni siquiera si la otra haría lo mismo, y con los ojos de esa santa como excusa, la de los panes y las flores. ¡Cómo voy a ir si estoy bloqueado! ¡Si no puedo descolgarme de ese dolor! ¡Si el picor de su ropa me desmorona!... A poco que me pongo alguna prenda que fue suya, pareciera que tuviera multitud de pulgas recorriéndome a saltitos todas mis pieles, mordisqueándome y arañándome en cada arruga, en cada pliegue... ¡Pufff! No son alucinaciones,... no son brotes psicóticos,... tampoco es suciedad. Reconocerme en él también me duele... y no soporto no hacer mi labor. Sabio, loco o demente le sigo cuidando sus cosas, tal que su campito, no dando problemas por más que los tenga, y al tiempo no dejo de preguntarme ¿si no es éste el mejor momento para dar esos otros pasos?, mezclándolo incluso con ese atrevimiento por sentir más, presentándome del mejor modo en

esa sala del Museo Thyssen-Bornemisza, predispuesto a pasar una velada agradable con esa que también se confesó.

Me siento señalado, negativo, insulso y fuera de lugar, como en ese pueblo de los funerales donde aparcamos su envoltura de vino tinto, y al que algún día habré de volver, cuando menos a comprobar que han grabado correctamente su nombre en la lápida. Esa habilidad de conectarnos no sé si la perderemos algún día. Somos de esos que sin vernos estamos juntos, y que estando físicamente uno al lado del otro, no necesitábamos transmitirnos las cosas, se sucedían. Por mal que estuviésemos nos dábamos tiempo, teníamos nuestras concesiones, y a nuestro modo avanzábamos. Ahora, que aún hago el gesto de sostenerle la mano y devolverle los continuos apretones delicadamente, recuerdo cada anochecer como el de aquel fatídico y afortunado lunes en el que cesó su tomentosa actualidad. Si existiera alguien en el universo, bien sabría que lo intenté, que bien mediada la tarde procuré descansar algo echándome en la cama,... pero que no pude hacerlo. Padecía sus rugidos como el que más, y de aquellas últimas bocanadas no termino de salirme en cada crepúsculo. Ese hombre me sigue rodeando y pidiendo ayuda; y eso que no aprieta como antes. Ya no nos asfixia que no me dejasen bajarlo de la cama y sostenerlo con el ambiente, o que no supieran matarlo dignamente, la cárcel suya y mía es otra. Su modo de apretar, de beber esa poquita agua o de pedirme auxilio se circunscribe a una pelotita. Es de lo mejor de esa ciencia confusa y ambigua, de la basura muy probablemente que aprendí estando él enfermo, porque aunque fuese de manera simulada, tenía sentido. Un día, la lógica del momento me llevó a ser precavido y urdir el desarme efectivo de su pesadumbre, de ahí que le regalé ese *kit* de

supervivencia. Y teniéndolo en casa, en ese cajoncito de la cómoda, en el tiempo de la infamia, de cuando en cuando la miro como si fuera su lápida, cual asesino que lentamente espera a que llegue su barquero y le saque de la escena del crimen, reforzando la idea del olvido.

Pero no deja de ser una fuente de dolor, tal que la veo tan plena que dejaría a todos los inviernos sin pretextos, desposeyéndolos de ese característico y necesario frío. Por más que pretendo desprenderme de su agonía no puedo. Me tapo los oídos para no escuchar su socorro y me entra por las narices, o me bombardean sus imágenes. Aquella fuga con viento de cola en su parcelilla todavía resuena, pudiera estar en cualquier caminito, acera, clavel o espina de rosal... Ni apretándola melosamente me amodorro como para sobrellevar mejor su petición. Necesito que vuelvan las lluvias, las de verdad, las fuertes, duras y agrestes. Pulsar su esbozo es dar cabida a esa invisibilidad y evitarle lo que le reste de su metamorfosis. El me diría: juega sin mí. Sólo que yo no termino de creérmelo. El encadenamiento de las sucesivas acciones siempre me conduce a él. Sé que ya es inoperante, se murió y casi que lo saqué del horno crematorio y lo enterré llevándolo con mis propias manos. E hijo del polvo sigue abrigándome, asfixiándome, rehundiéndome en el acantilado de la cómoda... Como diablo guardián no tendría precio. Lo debí matar antes, sí.

Probablemente fue un desacierto coger esa pelota de su casa. El caso es que tenía tanta rabia, porque no la vi a su lado en los últimos días, que en vez de recriminárselo a mi madre por no habérsela echado en su maleta para esa última salida de casa, que ansié perderlo para tenerla conmigo. Aproveché ese momento en el que enervado me crucé a su hogar para coger la llave de

mi casa y quitársela a mi madre, con la intención de que nadie más tuviera acceso a mi domicilio, y la capturé. Veinticuatro horas más tarde, marginalmente mejorado, volví a ser un intruso e hice acopio de cuanto aire puro necesité, y devolví aquella llave a su lugar, el mismo del que mi padre la cogía para acercarme un plato de jamón de cuando en cuando y sorprenderme con esa epopeya para mi buen yantar. Y con mejor máscara no toqué nada más, la otra, su pelotita quita manías, la dejé guardada a modo de promesa invisible en ese terreno baldío, dentro del espacio que hace de joyero en ese armario bajo del dormitorio. El motivo no era otro que tenerla para solventar la probable ola de indignación general que viviría cuando el ambiente se me hiciese irrespirable. Sin embargo, no está siendo un elemento de autoayuda, sino más bien lo que está haciendo es acrecentarme esa derrota... No trae noticias del paraíso,... no es la piel del mejor cielo,... no me deja madurar del todo.

A su manera me atrapa, y ni puedo intentar combatir su sed. He pensado en despedazarla, cogiendo un cuchillo o cualquier faca, y si aún no lo he hecho es por no hacer llorar a ese cadáver. Admito que no sé tenerla como familia. Me sucede lo mismo que con mis hermanos y esa nueva viuda, que no somos capaces de destapar las cosas más allá de la gestión de la consanguinidad, perviviendo día sí día también en un cauce seco, destiñéndonos. Reunirnos viene a ser como un acto de fe, y decirnos la verdad sería un milagro. Somos animales de granja, no sabemos ir contracorriente ni a favor de ella, vivimos de esas migajas que nos dan los días en sus aconteceres como si fuera el mejor de todos los piensos. Compartir siendo distintos, cada cual con sus habilidades y necesidades, es una deuda que nos exaspera...